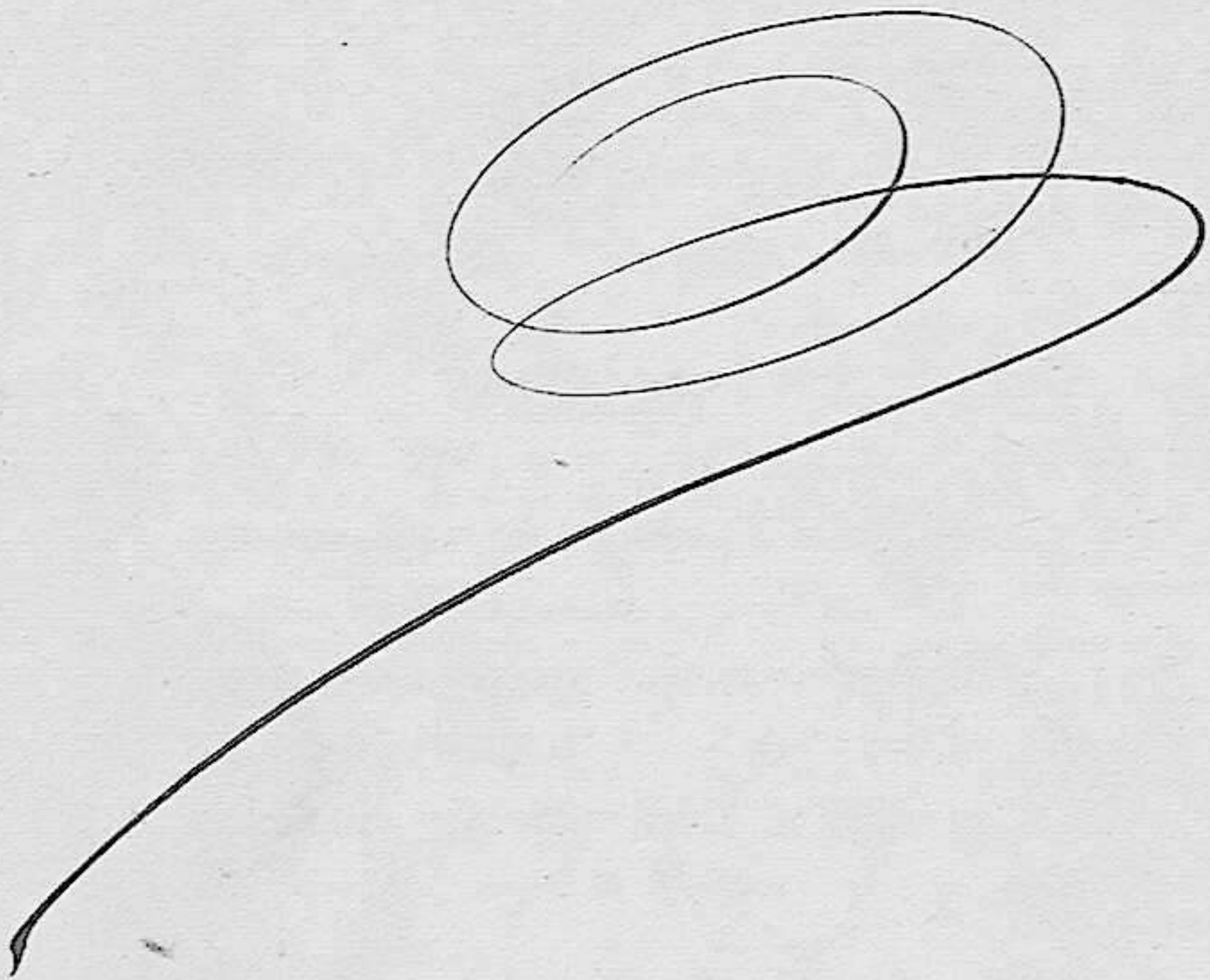


EXTREMADURA LITERARIA

Revista Mensual



* LA DUDA * Novela

Corta, por JUAN LUIS CORDERO.

EXTREMADURA LITERARIA

REVISTA MENSUAL

Año I.—Número 1.º

Cáceres 15 de Octubre de 1909

Epifanía.

Esta nueva publicación, venida al estadio de las letras con el noble objeto de fomentar la literatura regional y difundir la cultura y el amor á lo bello, saluda efusivamente, en el día de su aparición, á toda la intelectualidad española y al público en general, esperando aceptación de la benevolencia de todos.

La Redacción.

Badajoz: Tip. de Antonio Arqueros, Felipe Chera, 48.

B. P. CACERES
N. R.
N. T.
C. B.
.....
.....
.....



Consejo de Redacción,

DIRECTOR:

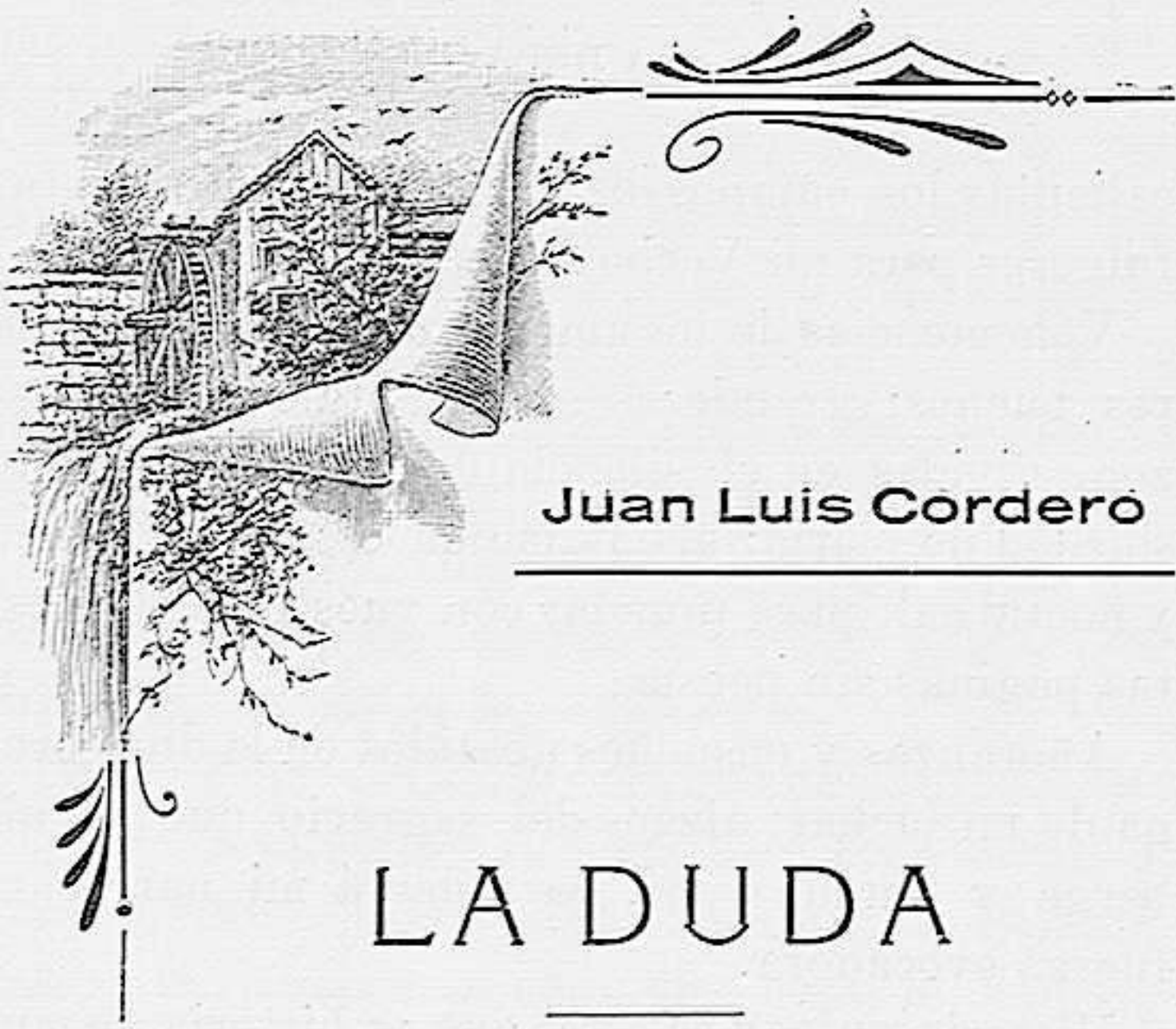
Don Pedro G. Magro.

REDACTORES:

Don Publio Hurtado.

- „ Luis Grande Baudessón.
- „ Diego María Crehuet.
- „ Francisco Belmonte (Higinio de Balmaseda).
- „ Federico Reaño (Edmundo).
- „ Enrique Montanchez (Ripiosin).
- „ Juan Luis Cordero (H. de X.)
- „ Luis Marcelo (Locemar).





Juan Luis Cordero

LA DUDA

Proemio.

CAMPOS fecundos de mi tierra; sóbrias perspectivas de las labranzas grises y de los cerros pardos; prados frescos donde suenan esquilas y donde hay zagales que cantan amores; olmedas umbrosas donde trinan pájaros y las brisas errantes fingen besos de almas: yo necesito de vuestra mansa serenidad para mi prosa sin arte.

Cielos ámplios, hermosos cielos triunfales de la vieja Extremadura patriarcal: de vuestra diaphanidad luminosa está necesitado mi estro obscuro.

Sol radiante que con luz de vida iluminas los lares labriegos, los viejos poblachos históricos, los muros sacros de la Nerva augusta y de la Emérita milenaria; sol benigno que fertilizas y

calientas los campos bellos; yo necesito de tus fulgores para mi Verbo sin brillo.

Vehemencias de los amores míos, de mis amores buenos; grandezas sentimentales del corazón, vividas en el silencio de mi desesperante soledad de pária: acudidme en esta hora lírica y nocturnal, para inundar con vuestro ardor estas páginas sin poesía.

Añoranzas y ensueños abatidos en la dura brecha de mi luchar: alzaos del sagrario que os alberga y venid á mí, para dar á mi narración fuerza evocadora.

Historia vulgar es esta, que es historia de muchos y si el perfume emocional le falta, flor inodora de un jardín en otoño, será este pobre parto de mi ingenio sin ingenio.

Mi musa pobre, la enamorada sempiterna de todo lo que belleza es, amadora de los hogares humildes por que desde ellos alzó su vuelo audaz, va, en canción sin armonías, á referir la eterna novela, la novela redivina del querer siempre incomprendido y latente; la novela que no es novela, pero que no debe llamarse historia.

Ocurrió todo lo que aquí se refiere, no recuerdo cuando, hace ocho años, hace diez, quizá haga veinte. Cosa es esta que no dá ni quita valor al cuento.

Fué la acción en un poblacho grande, en un pueblo de labradores que poco se diferencia de otros pueblos extremeños: pueblos que tienen una docena de centenares de casas, una iglesia vieja y una torre vetusta, con unas gentes que del terruño viven y que no son más malas ni

mejores que las de otras partes. Un pueblo, en fin, que no es limpio ni es bonito por dentro; pero que mirado de lejos, á la luz del sol, destacándose en un paisaje ámplio y hermoso, nos da la impresión de una bella urbe laboriosa, donde la fé es patrimonio y el trabajo es poesía.

Y dicho esto, lector, sigue leyendo, si es que consideras que en una tal localidad puede ocurrir algo que valga la pena leerse.

¡Ah! se me olvidaba decir que tampoco me acuerdo del nombre del pueblo; pero como se hace preciso ponerle algun nombre, le llamaremos... le llamaremos cualquier cosa, le llamaremos Peñavieja.

JULIO.

Bueno, pues á Peñavieja llegó una mañana de Agosto un muchacho como de diecisiete años. Llegó andando, por el camino de un lugar próximo y no traía consigo equipaje alguno, sino que venía, ni triste ni alegre, con una bástiga de olivo en la diestra, canturreando no sé que canción.

Era de poca estatura este mocito, y si guapo no era, no podía consideràrsele feo: tenía diecisiete años y basta con esto, que no es poco.

Bien; pues como iba diciendo, se entró por una calle adelante nuestro hombre y al primero que encontró le preguntó por el individuo á quien llevaba la misión de ver.

Enterado, siguió andando, y al cabo de ir, ve-

nir y de preguntar á este y al otro, llegó ante el portalón de un cobertizo, que establo debió ser en otro tiempo, y que ahora era taller donde construían y se reparaban carros y aperos de labranza, á juzgar por las ruedas viejas y por los rotos *pértigos* que en torno de la fachada había.

—¿Está por aquí el tío Pedro el *broceño*? preguntó el muchacho así que hubo entrado.

—¿Qué se ofrece?—contestó un hombre que con una pesada marra golpeaba introduciendo una cañonera en el centro de una rueda.

—Esto que traigo — replicó el joven— mientras le alargaba un papel que extrajo de un bolsillo de su chaqueta y que el tío Pedro principió á leer.

Con el rabo del ojo miraba el mocito en redor suyo. Y vió al broceño pequeñete y fornido, como de cuarenta años, con la camisa remangada hasta por cima de los codos, y vió á un mozo moreno que debía ser oficial, pues cepillando estaba en un tablón de encina y á dos zanguanguillos que aprendices debían ser y á tres ó cuatro tios que hablaban de senaras y de mulos, en el local destartalado y espacioso, con el pavimento cubierto de astillas y las paredes llenas de herramientas.

—¿Con que tú eres Julio? — preguntole el llamado tío Pedro.

—Yo soy, si señor.

—Y qué, ¿se traen buenos ánimos?

—Si señor, buenos.

—Bien—agregó el tío Pedro—. Pues aquí tienes el *cortijo*. *Maeros* no faltan, y habiendo

muchas ganas de trabajar, estamos arreglaos.

—Ya no *meterás mano* hasta mañana, y ahora, vamos *pa casa*, te llevaré á que te vea «la maestra» y vendrás luego conmigo por el pueblo.

Y el *broceño* descolgó la chaqueta, y echándosela al hombro, dió algunas órdenes al oficial y salió seguido de Julio.

A una casa fea y vieja llegaron. Allí había una mujer gorda y ya entrada en años que atizaba la lumbre del hogar en que cocía á borbotones una gran puchera abarrotada de garbanzos.

—Aquí tienes al oficial nuevo—dijo el tío Pedro á la mujer, que debía ser «la maestra», á juzgar por las señas.

Julio la saludó por puro compromiso, escamado por el exterior huraño de la tía, que contestó con una especie de gruñido á su forzado saludo. Y cuando, precedido del broceño, salió de la casuca, iba malísimamente impresionado, al lado *del otro* que, atento á su negocio, le hacia preguntas respecto á sus adelantos en el oficio.

Así, andando, andando, llegaron á la plaza, á la ancha plaza de casas irregulares, torcieron á la izquierda, por una calle recta y espaciosa—la mejor del pueblo—y á una taberna fueron á dar.

—Pon dos vasos—dijo el tío Pedro á un hombre cojo que debía ser el tabernero. Y dos vasos puso, dos vasos capaces de trastornarle el magin al mismo *sursum corda*.

—Jarrea con uno—dijo el tío *broceño* á Julio y agregó al ver su gesto de asombro—: Qué, te s' hace mucho? ¡Pos bonito mozo estás tú!

Y el muchacho no tuvo más remedio que apre-

tar con aquello. ¡Bueno fuera! ¡Pues no que nó! El era ya un hombre y hacía todo lo que hiciesen los demás. ¿Qué se había creído el tío Pedro?

Después de todo, á Julio no le desagradaba la llaneza con que era tratado por el que de allí en adelante iba á ser «su maestro», aquel «maestro» de quien se contaban grandes *proezas* en el ejercicio de su profesión y del que se decía no tener segundo en muchas leguas á la redonda, en esto de *montar* un carro y de enjaretar un arado pronto y bien.

Y nuestro hombre, solo en aquel pueblo extraño, que al verse allí se vió como gallina en corral ageno, iba tomando aliento con el vinillo y hasta llegó á manifestarse locuaz, rompiendo el mutismo en que se había encerrado hasta entonces.

Sacó el tío Pedro la petaca, su petacona de becerro capaz para cuatro *cagillas* de las de dieciocho, y se la alargó para que fumara.

— Mira—le dijo luego—: Yo tengo que irme á cobrar una cuenta. Espérame aquí que poco tarde. Arrímate á ese, que es amigo, y aguarda.

Y al decir esto le señalaba á uno que acababa de entrar. Era el tal un hombre con trazas de labriego, moreno, demasiado moreno. Era el tío Felipe *Cantares*, gran devoto de Baco y camarada tabernario del broceño.

El tío *Cantares* miró con aire protector á Julio, le convidó á una copa y le dió algunos pormenores acerca de la vida y milagros de su novísimo maestro.

— Como borracho, es más borracho que Botón

—le dijo—pero es mu buenó. Nunca se mete con la *gente* que tiene en casa; él *desahoga* con la *Pulía*; á esa sí, le mete ca zambra que tiembla el Orbe. Pero á ti eso te debe tener sin cuidao, pues lo que te interesa es aprender pa sé un hombre el día é mañana. El, después de tó no tiene na malo; ahora sí, que el día que la *trinca* no es solo, pues se está la mitá é la semana sin asomar al taller.

A Julio no dejaron de sobresaltarle un poco aquellas noticias. ¡*La Pulía*... la *Pulía* debía ser «la maestra». ¡Caracoles con el tío Pedro! ¡Con que así las gastaba? ¡Pues vaya unos *desahogos* que se traía el hombre de Dios!

Y, pasó mucho rato. El tío *Cantares* seguía hablándole, de «el maestro» del pueblo, de las costumbres y de la manera de ser de aquella gente. Entraban y salían los parroquianos en tanto; unos hombres toscos, de tez curtida por el sol, de atezadas caras; de remendados calzones, de manos sucias y callosas.

Era Domingo el día aquel. Ya se conocía por el ir y venir de los tíos, por la blancura de las camisas, por los grupos que en torno á las mesas cojas jugaban al tute, mientras apuraban las dos azumbres largas del porrón de barro.

Y los veía Julio, curiosamente, reparando en sus interjecciones y en sus gestos. Aquellos hombres eran los trabajadores de las eras, los que viven esclavizados todo el año, en la besana, en la siega, en la cosecha, bregando siempre, aguantando impasibles la fría lluvia invernal y sufriendo inmutables los asfixiantes calores del

verano, sudando á chorros y aspirando, al respirar, polvo y tamo sucio.

No era mucho que á la taberna vinieran en tal día, ya que de otros esparcimientos no podían disfrutar.

Hora de comer era hacía rato, pasaba el tiempo; «el maestro» no venía y ya llevaba Julio tomadas tres copas y más de cuatro cigarros con el tío Cantares.

Se iban á ir, cuando apareció un mozo en el que Julio reconoció al oficial que cepillaba en el taller cuando él llegó.

—¿No está por aquí el *broceño*? (aquel le llamaba el broceño á secas cuando el otro no le oía).

—Ya hace más de dos horas que salió, — dijo el tío Felipe.

—Ya se lió—le decía este—pero tú no te apures. A última hora te vienes á mi casa y parece él cuando le dé la gana.

No era mal hombre el *Cantares*, y Julio, á quien desde luego le había sido simpático, mirábalo ya como á un antiguo conocido.

—¡Maldito sea el tío este! ¿Querrá tenernos sin *merendar* to el día por sus borracheras? Ven-te conmigo —le dijo á Julio—que ó nos pone la mesa la *Pulia* apenas lleguemos ó le armo una pelotera esta tarde.

Y allá se fué nuestro hombre con el camarada, en dirección á la casuca del *broceño*, donde la *Pulia* condimentaba los garbanzos de la gran puchera arrimada al hogar.

—Poco sabes tú donde te has venido á meter.

Te digo que se necesita mas paciencia que el santo Job para aguantar á *este ganao*. Ya verás, ya verás qué bién.

Julio le escuchaba atontado por el alcohol ingerido. Cuando llegaron, salía la *Pulía* de las habitaciones interiores.

—¿No es ya hora de merendar, señá *Pulía*? —preguntó Andrés, que así se llamaba el oficial.

—Aguardaremos un *poquino* á ver si viene el maestro—gruñó ella.

—Pero mujé de Dios, ¡si van á dar ya las tres de la tarde!

Y pasó un gran rato, hasta que «la maestra», obligada por Andrés, no tuvo mas remedio que vaciar la puchera, aunque á regañadientes.

Silenciosa fué la comida. Acababan ya, cuando se presentó el *broceño*. Venía tambaleandose, mascullando improperios contra no se sabía quién.

—¿Qué te tengo yo dicho? —dijo encarándose con *la Pulía*—¿Q' horas son estas de darle de comer á los muchachos? Ya sabes que no quiero que m' aguardeis nunca.

Y decía todo esto con maneras hoscas; mirando fieramente á *la Pulía*, que temblaba. A Julio no le desagradó la reprimenda. Aquello era bastante razonable. Andrés callaba como un tuno.

De milagro se escapó *la Pulía* de una *zurra*.

Y pasó aquella tarde y llegó la noche, y tuvieron que cenar sin el maestro. A la hora de acostarse, Julio y Andrés subieron á su dormitorio; un desván con techumbre de jaras, lleno de telarañas, lleno de polvo, habitado por ratones

que se veían huir á esconderse en los agujeros cuando la luz mortecina del candil semiiluminó el tugurio.

Se acostaron. Andrés maldecía entredientes, pero se durmió pronto. A Julio no le fué posible dormirse hasta mucho después de la media noche. El pobre chico revolvía en su caldeado mágin mil ideas sin ilación; veía el presente triste y miserable, veía el porvenir obscuro, veía el pasado sin alegrías y sin goces. Recordaba el hogar paterno como una pesadilla latente, aquel hogar sin paz, sin cariño, donde vivía en disputa constante. Recordaba al padre, un hombre inculto y atrofiado que no sabía sobreponerse á la madrastra y recordaba á la madrastra misma, una mujer de historia luctuosa que había sido vendedora de loza por los pueblos y que se achispaba por costumbre.

Julio recordaba todo esto, y recordaba á su única hermana, una muchachilla de diez años, alocada y bulliciosa, que se iba enseñando mal merced al desbarajuste que reinaba en casa del padre. Barajaba también las impresiones de aquel día, el pueblo, el taller donde el tío Pedro golpeaba como un energúmeno, *la Pulía*, la taberna, el tío *Cantares*, aquellos hombres rudos que bebían y jugaban, la comida... todas aquellas cosas que surgían como un alucinamiento espectral entre las sombras del tugurio y entre los golpeteos de su mente febril.

¡Pobre muchacho! Él poseía un espíritu refinado y superior, había leído bellas historias y sabía sentirlas, había soñado con amores á la ma-

nera que lo sueñan los que nacen poetas, poseía un corazón ardiente y un pecho entusiasta, abierto á todo lo grande. Por eso entre aquella miseria de su vivir se veía como en un desierto sin oasis.

Y lloró, lloró mucho, acerbamente, conteniendo los sollozos que pugnaban por escapar de su garganta, temeroso de meter ruido. ¡Dios mío! ¡qué triste aquello! ¡Y pensar que no había mas remedio que aguantar, que sufrir, ya que no tenía otros caminos abiertos.

Tal fué el primer día y la primera noche que pasó Julio en Peñavieja.

Petra

Oh juventud, santa y gloriosa juventud! Tus excelsitudes dichas están con decir que eres la primavera de la vida.

Había pasado tiempo. Julio estaba ya *hecho* á la vida aquella, siempre igual. Trabajar durante el día y dormir por la noche en el desván poblado de grandes ratones gruñidores y musgaños saltarines que tegían su tela entre los innúmeros resquicios de las paredes y entre las hendiduras de la reseca techumbre.

El oficio era duro. La herramienta mas usual era el hacha pesada, de largo cabo, aunque allí era trabajoso el uso de todas las herramientas; pero Julio sabía que aquel era su destino, y apretaba.

«El maestro», aparte de sus casi cuotidianas

borracheras, no le molestaba gran cosa. A casa no iba fuera de la hora de comer, y así iba tirando.

Holgaba los domingos y días de fiesta. Casi siempre invertía esas horas libres en la lectura de libros que le prestaban. Las menos de las veces salía de paseo ni *de ronda con amigos*, que ya los tenía, muchachos de *su tiempo*.

Andrés ya no estaba allí; había ido á establecerse á su pueblo. La mayor parte del tiempo lo pasaba Julio solo en el taller, con los aprendices.

Pasó tiempo y vino la primavera, la hermosa primavera con sus mañanas luminosas y plácidas, con sus tardes perfumadas y reidoras.

Era una gloria de vida la que se entró en el organismo de Julio en aquel mes de Abril. Diríase que una ola de sangre nueva había inundado sus arterias, todas las venas de su cuerpo, y que un anhelo infinito y dulcísimo le nacía en lo hondo del corazón; algo así como una sed de ideales. En su mente bullían ideas imprecisas y era como una calentura de amores no cristalizados aun en ningun ser. El pobre niño abandonado, unido en la adolescencia al férreo yugo de una labor embrutecedora y constante, tenía necesidad de amar.

Había en el alma suya una dóxis infinita de amor, de amor puro, de amor vírgen; un amor sin objeto que vagaba perdido en las regiones del ensueño, abismándose en la dulcedumbre de armonías y de luces del mes glorioso, exaltándose en el milagro de la rosas, en los venturosos idilios que remedaban las brisas juguetonas entre

la pompa florecida de los árboles, en las ternezas que se decían los pájaros en su bárbaro idioma no aprendido, en toda la gran naturaleza fecunda; animada al beso ingravido y generoso de Dios.

Era una plenitud de fuerza y de energía la que había entonces en los nervios de Julio; á su empuje detonaba el pesado hachón al hundirse en los duros leños, bolcaba la marra poderosa con una facilidad de que se pasmaba él mismo; levantaba un pértigo como se aferrara con las dos manos á un extremo; y las ruedas, de gruesas yantas férreas, rebotaban al impulso de su esfuerzo en el empedrado de la calzada, como aros frágiles obedientes á la presión de un chico travieso.

¡Era la energía de sus dieciocho años, surgiendo al conjuro de aquella primavera!

¡Cosa extraña! Él, tan taciturno siempre, sentía á menudo ganas de reir, y reía con una risa franca y bulliciosa, con una risa desaprensiva; de muchacho. Y otras veces, extático se quedaba ante el intenso azul de los cielos, como si flotando en la inmensidad hubiera algo atrayente, algo hipnótico....

Una tarde, la tarde de un domingo, iba con Fermín, un muchacho dos ó tres años mayor con quien había trabado íntima amistad. Bajaban por las cercanías de unos huertos, emborrachándose con el perfume de las flores de azahar. A su paso cruzáronse unas cuantas mozas que en busca de violetas iban.

Petra iba entre ellas, Petra, de poco más de quince años, trigueña, hermosa como una vesta griega; sus ojos grandes y negros irradiaban al

abrirse, negras eran también sus trenzas abundosas, mimosa y zalamera era su voz, de inflexiones dulces.

Julio la conocía ya, de verla pasar por delante del taller, pero nunca la había visto tan cerca. Un vuelco le dió el corazón al mirarla, se puso pálido y hasta que no pasaron no logró serenarse.

Fermín le notó algo.

—Mira q' eres cerrao — le dijo — ni siquiera l' has dao las buenas tardes á esas.

—¿Qué les iba á decir? — respondió Julio por responder algo.

Y aquella noche se durmió con la imagen de Petra fija en el alma y fija la tuvo también al día siguiente y todos los días ya, el pobre niño abandonado, el joven corazón enamorado de un ensueño. Había visto cristalizarse su ideal en la gentil figura de aquella lugareña.

Pared por medio del tío Cantares vivía, en una casita de dos pisos, de alegres balcones soleados, desde los cuales se la oía cantar en las mañanas de sol, con su voz graciosa de contralto.

Julio procuró sacar partido de su amistad con el tío Cantares y allá se iba todas las tardes al *dar de mano* y muchas veces entre el día, sin más objeto que verla.

La declaración.

Julio se había enamorado.

El amor—flor del alma—había brotado en e

alma suya. Amaba á Petra, pero la amaba con un amor mudo, con un amor ingenuo y santo que no sabía manifestarse con palabras, pero que estallaba en suspiros.

Fermin, su amigo Fermin, lo sabía ya. El se lo había confesado una noche de luna.

—¿Con que esas tenemos? Pues *con esa t' arreglo* yo, porque es prima mía. Mañana mismo le digo algo.

Julio procuró disuadirlo. Le daba miedo de aquello mismo que deseaba tanto. Pero el otro estaba decidido.

—T'he dicho que no hay más q' hablar. Con esa te arreglo yo.

Y no hubo medio. Fermín habló con su prima al día siguiente.

¿Sabes que no hace muy malas caras—le dijo á Julio á la otra noche. Por lo visto ella se ha fijao en tí. Me ha preguntao que como te llamas y dice que tienes un nombre muy bonito. Ya ves que las muestras no pueden ser mejores.

Pasaron días. Julio seguía sin atreverse á tener una explicación con Petra. Es más, verla y turbarse era todo uno.

Fermin renegaba de aquella timidez incomprendible.

—No seas memo—le decía—. Ella te tiene voluntad y alguna vez ha de ser la primera. ¡Porque yo creo que no esperarás tu que ella se declare á ti!

Y Julio se desesperaba consigo mismo. Era verdad lo que Fermín decía, pero...

Y así las cosas, llegó la tarde de un sábado.

A la hora de dar *de mano*, había ido Fermin en busca de Julio.

—De esta noche no pasa — le dijo —, hay baile de pandero en su calle y te esperará.

—Mira que no voy á ser capaz...

—Si hombre, ¿no has de serlo?—le decía el otro dándole valor—. Eso es hasta *ponerse*. A mi casi que me ocurrió lo mismo la primera vez que me eché novia. Pero eso pasa pronto y ya verás como tu solo vas entrando en el querer.

De pronto se le ocurrió una idea:

—Ahora mismo le vas á escribir cuatro letras en una carta. Se la damos á la Modesta, la novia de mi primo Juan; se la entrega á ella y así, cuando llegue la hora, te cuesta menos vergüenza, pues no tienes más que pedirle *la contestación*.

Así se hizo. Una hora después, Petra leía la carta de Julio.

EL baile de pandero.

Es típica la costumbre en Peñavieja. Es una costumbre que perdura desde lejanos tiempos. Su origen se remonta á la época de los Austrias. La musa del pueblo ha hecho significativos cantares, poemas conmovedores rematados por el monótono estribillo.

A la rama, la rama,
resaladaaa...

En alineación á lo largo de la pared de casi

todas las calles, las mozas esperan cantando la llegada de los muchachos rondadores. Una de ellas, la más desocupada ó la más diestra, pulsa el parche circundado de sonajas bullangueras, mientras canturrea intencionadas coplas que corean las demás.

Cuando llegan los mozos, en *pandillas* generalmente, es cuando el baile da principio.

Ellas y ellos, van turnando, en parejas, y es una mescolanza de jota y de fandango aquello, que no es lo uno ni lo otro sino algo así como un simulacro de las viejas danzas provenzales.

Entonces es el disparar de coplas:

En la calle d' Albuera
seguía y larga,
allí tienes el nío
paloma blanca.

Así cantan, invirtiendo los términos con otro cantar parecido á este:

Baila bien á ese guapo
bailalo bien,
que en la calle d' Albuera
tiene su queré.

Y luego, las demás, repiten el eterno estribillo que lleva un rancio sabor clásico envuelto en su rústica simplicidad:

A la rama, la rama,
resaladaaa...

Aquella noche de Mayo era noche de luna en creciente, bella noche primaveral, noche de amor y de ensueño, noche poética.

Flotaba una sedante dulcedumbre en el ambiente y desbordábase la alegría juvenil por las irregulares calles del poblacho.

No sé si la cruz de Mayo cayó aquel año en sábado: acaso fuera esa fiesta aquella noche. Lo que sí se decir es que había una extraña animación en la villa toda.

Allá por la esquina de la acera de frente á la casa donde vivia Petra, pandereteaba la partida de muchachas del barrio, como una docena de mozas campesinas, bellas como son todas las mujeres cuando empiezan á amar.

En esto del amor son iguales las hijas del magnate que las del labriego. La juventud es siempre adorable, es siempre hermosa, ya se adorne con el atavío ostentoso de las damiselas aristocráticas y adopte la *posse* enfática de las duquesitas de *parterre* ó cubra su carne de novia en flor con el vistoso zagalejo grana y el rameado pañuelo de limpio percal.

No es Peñavieja pueblo que despunte por la belleza de sus mujeres, pero hubo y hay buenas mozas en Peñavieja; y de esas buenas mozas las había en *la partida* que nos ocupa.

Petra estaba allí y rato hacía que esperaba, pues sus miradas calle abajo iban, como si por allí hubiera de venir lo que era motivo de su espera.

Y por allí vino, que no tardó mucho en asomar Julio acompañado de Fermin. Los dos muchachos venían hablando; tímido y vacilante el uno, incitador, como siempre, el otro.

Llegaron y frente al *corro* hicieron alto. En

aquel momento bailoteaban dos parejas y una muchacha, alegre y pizpireta, con voz timbrada y argentina, cantó:

Acérquese el mocito
sin miedo á nada.
que ya lo está esperando
su enamorada.

Y entre el detonar del pandero repitió el coro:

A la rama, la rama,
resaladaaa...

A Julio se le antojó ver algo zumbón en el estribillo y en la copla. Si hubiera sido de día se le hubiera podido ver como la grana.

—Pero acércate... ¡maldito sea...!—decía Fermín empujándole.

—Espera un poco, hombre, que ya voy—respondía Julio, tembloroso.

—¡Mira que cogerle miedo á una mujé! ¡Acabo de creer que tú no eres hombre ni eres ná!

Y pasó un rato. Los dos muchachos se iban haciendo notar demasiado, pues las del *corro* ya sabían *por donde venía el agua* y alguna vieja, puesta en *autos*, husmeaba lejos.

Julio no tuvo más remedio que decidirse. Encendió un cigarro por mejor ocultar su turbación y avanzó hasta donde Petra se encontraba.

Fueron unos segundos de suprema ansiedad, durante los que él creyó haber perdido el habla. Dios sabe cómo tuvo valor.

—Petra...—acertó á balbucir con voz debil.

—¡Hola!—respondió ella afable y más serena que él.

Se sucedieron otros momentos de mutismo; á Julio se le ocurrió una duda: ¿Cómo la llamaría, de «tú» ó de «usted»? Esto último le pareció demasiado cursi.

—Supongo que recibirías mi carta, dijo por fin.

—Si... la he recibido—contestó ella.

—¿Y qué me tienes que contestar?—agregó Julio abrazándose en congojas.

Esta vez fué ella la que se turbó y, bajando los ojos, respondió ardiendo en rubores:

—Yo... yo... Mañana te lo diré.

Aquello estaba hecho. Por poca que fuera la perspicacia de Julio, hubo de reconocerlo así.

—Mañana; ¿y dónde nos vamos á ver mañana?

—En la carretera. Yo voy de paseo á la carretera todos los domingos. O sinó, mejor será que nos veamos en el baile. Mañana hay baile en el salón de Antonio el ciego. Despues de las cuatro voy yo ¿Sabes?

Y así quedó la cosa. Aquella noche, cuando Julio se fué á acostar, era más feliz que un rey. Por el emperador de todas las Rusias no se hubiera cambiado él.

Y se le antojó bellísimo el desván incómodo y creyó de buena fé que era lo mejor del mundo aquel camastro miserable, y miró con cariño á los ratones que corrian al entrar: aquello tan triste habíase tornado delicioso por obra de magia.

Cuando logró dormirse, un sueño plácido, un dulce y peregrino sueño, cayó sobre su frente joven; un sueño de inefables venturas que puso en sus labios la sonrisa de la felicidad.

Del amor de Julio.

Filósofo, sabio y gran poeta quisiera yo ser para describir el amor en un canto triunfal, en un divino canto supremo que entrañara sabias experiencias, capaces de despejar la incógnita del gran problema.

Pero sería empeño pueril el que yo intentara hacer una pintura de lo que nadie pintar supo y en mi duda, queda la pluma dejaré, que fué siempre preferible callar á hacer gala y alarde de conocimientos que no se poseen.

Yo del amor se decir, que es cosa que nunca explicarme supe y dicho está con esto todo lo que en tal materia decir puedo, que no es decir poco, pues no dirían acertadamente mucho más algunos que por superhombres se tienen ó los tienen.

Ciñéndome al asunto ó trama de este cuento, novela, historia ó lo que fuere ello, he de decir algo acerca del amor de Julio, que es lo mismo que si lo dijese del de todos los hombres de todas las categorías y de todos los climas.

Tener siempre — hasta en sueños — el objeto amado fijo en el corazón y en la mente; empeñarse en que lo que se ama es lo mejor de lo mejor que sobre la tierra y bajo los cielos hay; hacer bellos sueños pulidos en loor de lo que se adora; no tener vida para otro cosa que no sea lo que es motivo de la adoración; cifrar en ese objeto todas las esperanzas y todos los anhelos del alma; eso es lo que se siente y eso es lo que

es amor si ha de ser verdadero, en esa edad dorada en que las ilusiones aletean en el espíritu juvenil, como pájaros bellos, como aves canoras de plumajes de oro.

Así amaba Julio, eso es lo que sentía Julio por Petra.

Fermín había llegado á ser para él un consejero indispensable. Fermín era noble, era bueno, era una de estas criaturas que hacen el bien por ingénita virtualidad. Fermín tenía un padre rudo, una madre abnegada y una hermana chiquita, bella, con la belleza de los catorce años.

En aquella casa halló Julio franco abrigo, consejos nobles, llenos de bondad y de leal desinterés. En aquella casa dormía con Fermín y casi siempre más de la media noche se pasaban hablando *de sus cosas*, de esas mil cosas siempre nimias y siempre interesantes, sucediendo que á la hora de levantarse estaban en lo mejor del sueño, sordos á las voces de la tía María — madre de Fermín, — que tenía que enfadarse para verlos de pié.

El amor de Petra.

Principiaré este aparte declarando que si soy inepto para definir el amor en sentido abstracto, con relación á como lo sienten las mujeres, no tengo más remedio que confesar que soy un zote.

Lo que Julio sentía ¿lo sentía Petra?

Cosa es esta, lector mío, que yo no te he de asegurar á punto fijo. Acaso sí; acaso la muchacha admitiera aquellas relaciones con el oficial de carpintero, dejándose llevar de ese espíritu de coquetería que predomina en las mujeres á los diez y seis años, el cual les hace necesario el novio, tan necesario como un adorno sin el que no pueden pasar.

Lo cierto es que aquellas relaciones fueron estrechándose, estrechándose, y Petra llegó á querer á Julio, si no tanto como él á ella, un poco cuando menos.

Pero Petra poseía un espíritu enigmático.

Ignoro si serán como Petra todas las mujeres, aunque voy sospechando que sí. Tenía esta lugareña adorable una particularidad extraña, que causaba la desesperación de Julio.

Ocasiones hubo de verla cuatro veces en un mismo día y nunca la halló en la misma disposición de ánimo.

Apasionada unas veces, esquiva otras, tenía á Julio en un constante sobresalto, pues había llegado á considerarla una necesidad para poder vivir. Tan pronto se le ofrecía sumisa á todo como se le presentaba despreciativa, burlándose de los arranques sentimentales del pobre soñador. Acaso todo esto no fuera otra cosa que un ardid, que es sabida la gran intuición de la mujer, pero ardid ó no ¡cuántos malos ratos hizo pasar al pobre chico con sus variaciones!

Todo esto vino ha hacerlo doblemente sensible la oposición de la familia de ella, la casi reclusión en que llegaron á guardar á la muchacha.

Acabaron por verse más de tarde en tarde y fueron sus entrevistas cada vez más breves.

Julio sufría mucho con tales inconvenientes, pero sentía crecer su amor como si los obstáculos lo avivaran. Petra por su parte seguía lo mismo que siempre, con las mismas variaciones, como si pudiera darse cuenta de que esto acrecentaba la pasión de él, pero en el fondo le quería y, aunque no dejaban de hacerle mella las constantes reprensiones de los suyos, seguía queriéndole.

La familia de Petra. Si yo fuera á pintar la familia de Petra acaso acertara á escribir una página curiosa, pero renunció á ello porque había de venírseme á la memoria lo mucho que á Julio hicieron padecer y tendría que ponerlos *verdes*, como suele decirse. Acaso vivan todavía, acaso lean este humilde cuento y pudieran creer que fuí amigo de el protagonista y que por apasionamientos de amistad les tendía el látigo de la censura, dibujando en toda su descarnada vulgaridad sus siluetas mezquinas.

El narrador va á limitarse á decir que miraron con malos ojos los amores de Petra y Julio. Ellos vivían con relativa holgura, la muchacha contaba para casarse con un legado que en calidad de dote le dejaba un cura tío suyo y, atentos tan solo á la parte material, querían *otra cosa* para Petra: algún labradorcillo que tuviera tierras, que tuviera casas, que tuviera mulos en las cuerdas y trigo en las trojes. ¡La prosa, la eterna prosa de las gentes pretendiendo acallar los afectos espontáneos y sacratísimos del corazón!

No desperdiciaban ocasión de ridicularizar *al carpintero*.

¿No te dá vergüenza de hacerte caso de un descamisao semejante? - le decían á ella.

Y sacaban á relucir cosas viles, tergiversando hechos con torcida y aviesa intención: la madrastra, el padre, hasta la absoluta pobreza del pobre muchacho; todas esas cosas tan chicas y tan ruines que son comidilla de lenguas de *comadres* charlatanas y murmuradoras.

Hasta la ropa con que se vestía Julio era motivo de escarnio, ¡como si tuviera él la culpa de no poder ataviarse como un príncipe! ¡Como si en el traje radicara toda la bondad!

Cosas eran estas que entibiaban el amor tornadizo de la muchacha, que tenían forzosamente que entibiarlo y el pobre enamorado, en lucha abierta con tantos prejuicios se debatía esterilmente.

Antonai.

Pasaron dos años.

Julio había estado fuera unos meses y las cosas habían variado mucho. El era ya más hombre, y ella, flor hermosa, había roto la clausura de su capullo.

Fué entonces la época más álgida de sus amores. Habían triunfado al parecer y se veían todas las noches «á la puerta».

Y fué entonces, entonces fué cuando vivió Ju-

lio los días más felices de su vida, orgulloso de aquella novia en la que tenía feliz encarnación el ideal suyo, el ideal de su alma romántica. En la intensa fiebre de su querer había concluido por adorar á Petra como á un ídolo, más que á un ídolo. Ejercía la muchacha sobre él una influencia tan omnímoda que hubiera sido capaz de las mayores aberraciones por un capricho suyo. Era una completa fascinación de todos sus sentidos lo que experimentaba al contemplarla. Era una especie de misticismo amatorio que estancaba sus energías todas, incapacitándole para toda otra cosa que no fuera aquel amor infinitamente profundo que vivía en su espíritu como una parte de ese mismo espíritu, pero tan hondamente arraigado, que perduraria en él hasta más allá de la tumba, venciendo á la muerte, inmortal como el alma misma, porque aquel amor era su alma entera, agrandada por el supremo sentimiento que eternizó el nombre del bretón Abelardo y de Romeo, el hijo de Verona.

El, tan animoso como aquel caudillo milenario, héroe en la guerra, hubiera visto hundirse un imperio preso en sus encantos, tal como viera Antonio derrumbarse el Oriente al paso de las legiones del Cesar, mientras él se degradaba enervado entre los brazos de aquella maga reina, Cleopatra, la divina prostituta del Nilo...

Lo cierto es, que el escaso tiempo, que este escaso tiempo que los dejaron amarse sin estorbos, fué la época más feliz de la vida de Julio. Yo renuncio á describir las minucias de este idilio, venturoso como todos los idilios cuando el

amor tiende sus alas de rosas sobre las frentes jóvenes, cuando se inundan las almas con el divino perfume de los amores primeros, de los amores únicos.

Pero esto duró poco, Pronto volvieron los trabajos de zapa de la inquina, principiaron las disensiones y dejaron de verse.

Erá el Otoño. La melancolía de la naturaleza había contaminado á Julio. ¡El dolor de la herida de sus desengaños que le iba ensombreciendo el alma!

Y fué entonces, entonces fué cuando buscó en los libros consuelo á sus pesares y floreció su melancolía en estrofas poéticas, que rodaron por las columnas de los periódicos y de las revistas.

Julio se hizo notar; fué conocido bajo aquella nueva fase de sus aptitudes; pero esto no entrañaba finalidad alguna.

Era un iluso más, con la particularidad única de que no tegía sus estrofas entre viejos infolios, sino entre maderos vetustos, entre duros bancos, entre astillas broncas, arrancadas á golpes vigorosos con el hacha de dos manos.

Fermin había muerto aquel verano, pero Julio no había olvidado las atenciones de que en su casa le colmaran en otro tiempo, y allá iba casi todas las noches, á ver á su pobre madre que muy desconsolada andaba por entonces, reciente todavía la honda herida que le causara aquella muerte.

Antonia, la hermana del malogrado amigo, habíase hecho ya una moza. Con ella hablaba Julio de sus muertos amores, de las cosas de otro

orden que le ocurrían y así, insensiblemente, fueron identificándose; tanto, que acabó por llamar la atención de cuantos los veían.

No faltaba quien los creyera novios, pero, á decir verdad, ninguno de los dos habían pensado tal cosa.

Pero sucedió que un día se lo dijeron á él y le contaron que *todo* el mundo lo daba ya por cierto.

Pensó en ello entonces: Dejar de ir á casa de la madre de su llorado amigo no era correcto. Ir sin ser novio de Antonia, era dar lugar á las hablillas de ciertas gentes. Además, Antonia era buena, era hacendosita y le convenía. Si consintiera...

No hubo necesidad de nada. A ella también *se lo habían dicho*. Se entendieron sin explicaciones inútiles... y fueron novios.

Amores apacibles fueron aquellos. Estaba por medio la sombra de un muerto querido, estaba por medio la plácida figura de una madre buena, estaba por medio... la gratitud del alma de un poeta.

Era aquel un amor sin torturas y sin reproches. Se sucedían los días siempre iguales. En las largas noches de aquel invierno, agrupábase la familia alrededor del hogar y allí se sentaban también Julio y Antonio. El visionero sentía una íntima complacencia en medio de tanta paz: fueron aquellos meses de quietud algo así como un alto en la carrera de su vivir inquieto.

Y en las noches de lluvia, en las noches frías, cuando caía goteando ó se desbordaba á chorros el agua de las tejas, descansaba Julio, libre de

inquietudes, añorando dulzuras no vividas y forjando quimeras bellas, pensando en lo feliz que él sería en un hogar así, mantenido con su trabajo honrado, en un hogar donde imperara como reina y señora aquella enamorada chiquita, amorosa y sencilla.

Julio llegó á querer á Antonia de todo corazón, con un querer plácido y dulce, sin pasionales ahogos, sin sobresaltos, un amor puro y noble, como las causas de su génesis.

Ella lo quería de la misma manera, acaso más, le quería cuanto podía y sabía querer una muchacha como ella, una muchacha inculta que no había recibido otras lecciones que las aprendidas en la virtud materna, en la honradez del padre, y en la moral ruda de aquel pueblo de trabajadores.

Lucha de Titán.

Pero esta calma duró poco. En el alma de Julio ardían anhelos nunca sentidos, era como una fiebre nueva que le hizo concebir ambiciones absurdas. Tuvo miedo á la muerte, á la muerte obscura. El como Cesar ante la estatua de Alejandro, se detuvo á pensar que otros á su edad habían conquistado medio mundo y quiso emprender la lucha, sin sospechar que en su misma inexperiencia, llevaba un enemigo formidable.

¡Pobre iluso! ¡Quería luchar y no sabía él que muchos con más fuerzas habían caído sin apenas hacer uso de sus armas!

Pero estaba decidido. A la capital se fué y vió muy pronto que con ser malo, no era peor lo que había dejado atrás. La vida de los pueblos aunque no exenta de miserias es más tranquila y más sana. En su nueva vida halló más enemigos que amigos: se dedicaba á laborar en los periódicos, y sinsabores nunca gustados vinieron á amargar sus insonnios.

Si no un gran talento, Julio tenía algo que otros no tienen: tenía una gran fuerza de voluntad. Era un soñador incorregible y sempiterno, y algo así como una especie de intuición, que si no servía para suplir su carencia de cultura le sacaba del paso muchas veces.

El hizo versos, escribió prosa, tradujo sus delirios y sus fiebres en ingenuos cantos. Hizo un libro cuyo mayor mérito estribaba en el desorden involuntario de las emociones que acusaba y aquel libro que él lanzó al palenque de la literatura regional como un trofeo de su exilio de combatiente fué elogiado por algunos, combatido por otros y acogido con indiferencia por los más.

Se hizo cargo de la situación: habíase aventurado en un camino por el que no se iba á ninguna parte y encontrose, en la plenitud de sus años, como en un campo desierto en el que no se columbraban más que horizontes desconsoladores, tal que si tras ellos no hubiera otra cosa que un mundo muerto, que un mundo triste, sin un alma amiga que le diera consuelo, sin un techo hospitalario que le diera pretección y abrigo.

Y en la soledad de sus noches amargas, en el

abandono mortal de sus angustias, tuvo ideas malas. El genio indómito de la rebeldía le inspiró demencias inauditas.

Él tendió la vista al pasado y vió la implacable y sañuda mano del destino, cooperando á la sacrílega obra de su desgracia, y sintió las ternuras de todos sus amores y aquellos anhelos de su espíritu de poeta noble y bueno, al ser rememorados en aquellas horas fatídicas en que sobre la brasa ígnea de su frente caían ideas asoladoras de exterminio, fueron como un bálsamo para sus dolores.

Y revivieron, revivieron al conjuro de la evocación suprema. Y surgieron, surgieron como luces de vida entre las sombras frías de los silencios que flotaban á su alrededor y pesaban con peso agobiante en sus doloridas entrañas.

Y un día, un día de desengaños fatales, un día de nostalgias negras, un día de pesadumbres luctuosas, sonó en su oído una voz piadosa que le dijo: «¡Levanta! En la lucha del mundo no vencen siempre los valientes. En la vida, para luchar con probabilidades de victoria, hay que emplear armas de disimulo y de perfidia. Tu no eres un vencido. Tienes alientos, pero no tienes armas. Desprecia á esa sociedad que te las niega y no implores nada de los que al verte caído no tuvieron un impulso generoso para levantarte.

Mata las ambiciones santísimas de tus desvarios de gloria y acógete á la otra vida, que otra vida de quietud hay, más reposada si más obscura, pero también fecunda, también fuerte, también gloriosa.»

Y luego, de labios de un amigo oyó esta frase:
«Petra te aguarda».

La voz del deber.

Petra.

A este nombre surgieron un tropel de recuerdos. Petra, la musa de sus primeras poesías, la novia locuela y adorada; la muchacha núbil amada bajo el cielo azul de la urbe labriega; amada en un día del mes de las flores, entre el perfume de los azahares, la chiquilía caprichosa que con una mirada de sus labios, sabía hacerle amable el sucio desvan de la casa «del maestro».

Petra: aquella niña hecha mujer en la iniciación de sus amores, aquella virgen que hacía dos años, en una hora de noble abandono estrechara él contra su pecho, sintiendo palpitar su corazón muy cerca, aquel corazón tornadizo y amado.

¡Oh, la imagen gentilísima de su musa morena!

Julio cerraba los ojos y la veía, ¡la veía! Veía su gracil silueta de sultana y percibía el jadeo indómito de sus inquietos senos como pájaros ocultos bajo el misterio del corpiño y veía el óvalo de su cara atrayente en la armonía y en la regularidad geométrica de las líneas y veía el extraño fulgor de sus pupilas enigmáticas en cuyo centro fulguraban hondas y móviles unas como chispas brillantes que se encendían más y más,

alegrantes al sonreír, imponentes en la afectación de los enfados de su dueña...

Era ella misma, sí, ¡era ella! Y en la ficción febril de aquellos instantes la veía Julio.

Aquella noche no pudo dormir, porque entre las sombras de su alcoba sin luz volvió á ver la figura de Petra, y aquella figura tan querida, le llamaba.

—Te espero — le decía. — Te espero para ser tu compañera siempre. Te espero para darte fuerzas y valor en tus combates, para ayudarte y animarte en los minutos supremos de la pelea.

Te aguardo para amarte con amor eterno, con un amor que nadie podrá impedir.

Entre mis brazos dormirás el cansancio de las diarias bregas y mis brazos serán un escudo protector para tu pecho herido. Yo gozaré las alegrías tuyas y luciré la palma de tus triunfos; yo ornaré mis sienes con la corona de laureles que premie tus canciones. Y en la hora de los desalientos y de las derrotas, yo estaré junto á tí para que las penas no te martiricen y ceñiré tu cuello y besaré tus labios contraídos al impulso de tus fiebres, y besaré tus ojos donde se dibujará la marca azul de tus vigiliás, y besaré tu frente donde las ideas y los lirismos anidaran un punto, como aves errantes prontas á alzar el vuelo, y besaré tus manos que trabajaron sin tregua, tus manos que moledaron la cruz al jurarme fidelidad, tus manos acariciadoras que destrenzaron mis cabellos en las horas de amor.

Te aguardo, te aguardo para amarte siempre,

con amor puro, con amor bueno, con amor sencillo, con amor inmortal.»

¡Oh, las horas de aquella noche! Cuando amaneció, Julio saltó del lecho y á las fueras de la ciudad se fué.

La luz del día le trajo sensaciones de realidad. El recuerdo de Antonia alzóse ante él.

Era un bello amanecer de estío. Julio avanzaba *ronda* adelante, á ras de las huertas frondosas que se extendían á la izquierda; allá enfrente, la carretera del cruce que se internaba recta en la llanura, y á la derecha campos de labor, ondulados campos en que amarilleaba el rastrojo, imprecisos en la lejanía, donde unos cerros irregulares curvaban el horizonte lejano.

Salía el sol, despertaba la ciudad y sus rumores fingían el desperezo de una burguesa comodona, que tornaba lentamente al vivir cotidiano.

Todo era paz.

En Julio, fué el recuerdo de Antonia algo inexpresable.

Julio quería á Antonia, la quería mansamente, dulcemente, porque Antonia era buena y porque debía quererla.

Pero... ¿Y Petra?

Julio no quería establecer comparaciones, Julio no estaba dispuesto á ofender la memoria del amigo muerto, Julio adoraba la virtud de aquella chiquita y bella, pero notaba que se le iba el alma tras la otra.

Y recordando, recordando, barajaba las memorias de otros días y se veía en el hogar tran-

quilo de los padres de su amigo Fermin donde siempre halló cariño y bondad y recordaba las veladas de invierno y aquella lumbre alegre y confortable donde siempre tenía él un sitio y recordaba la figura apacible de Antonia, siempre leal y siempre cariñosa, entusiasmándose con las cosas suyas, queriendo lo que él quería, aborreciendo lo que aborrecía él.

Y al pensar estas cosas Julio sentía el afecto de la gratitud y añoraba aquellos recuerdos con cariño. El quería á Antonia, sí, la quería con puro y sincero amor pero á Petra la quería también.

Y hallóse como el caminante que se ve indeciso entre dos caminos; mejor dicho, hallóse como aquel noble caudillo dechado de caballeros y modelo de padres, cuando ante los muros de Tarifa un rufian con sangre de reyes le obligó á elegir entre su hijo y su patria.

¿Qué hacer?

Dolorosa era cualquier decisión. Sin querer, Julio estableció comparaciones y de aquellas comparaciones surgió una brutal lucha de afectos; una lucha bárbara que contrajo sus nervios y azotó su frente con el látigo de la calentura.

Para final.

A esta sazón perdí de vista á Julio. No se más de su historia ni te puedo decir, lector paciente, de qué manera resolvería el problema que le intrigaba tanto.

Fuerza es que te haya parecido algo simple este cuento, novela, historia ó lo que ello fuere; pero culpa ha sido de aquellas otras cosas que yo invocara en el proemio, las cuales pudiendo y debiendo acudir á prestar á esta trama las excel-situdes que ni ella tiene en sí ni podía darle mi ingenio sin ingenio, no lo hicieron, dejándome á la buena de Dios, con mi mucha insignificancia y con mi no poco atrevimiento.

Lo que si te digo, lector mío, es, que si la curiosidad te pica y estás intrigado por saber el ultimatum de estas vicisitudes de la vida de este visionario enamorado, tengas un poco de paciencia, que yo te prometo indagar y hacer lo posible por adquirir los necesarios datos para enjaretarte en su día un segundo cuento, que sirva de epílogo á esta narración incompleta y desaliñada.

Pero heme aquí que ahora se me antoja que tal había de enredar la madeja el demonio que resulte otra duda no menos gorda que esta, pues ya tengo aprendido yo que la vida no es otra cosa que una serie de indecisiones que van eslabonándose las unas con las otras hasta formar una cadena que nunca acabe.

Y bien pudiera yo hacerte aquí una dolora que viniera al caso, cosa que no había de costarme un trabajo grande aunque ando menguadillo de luces y sobradamente sobrado de escepticismos, mas prefiero que hagas tú para tu capote la dolora esta y me limito á contarte lo más saliente y lo más digno de contarse de cuanto le ocurrió á este pobre muchacho de mi cuento.

Y acabo, porque ya tengo barruntos de que va degenerando en lata esto que te largo para final, y que yo pensaba haber explicado en cuatro líneas.



